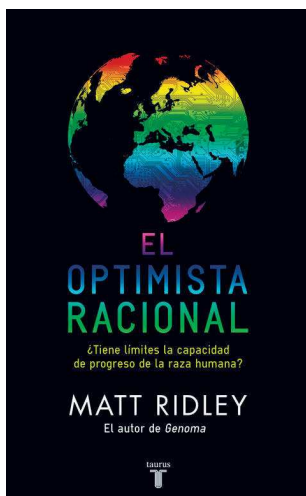
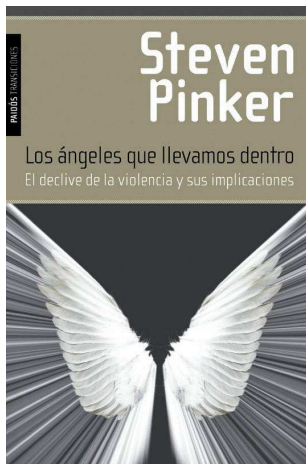
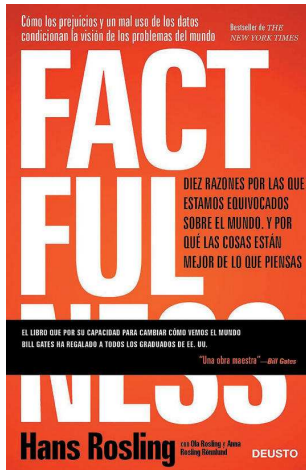


DESTERRADO EN LA ISLA de Patmos, el evangelista San Juan escribió en lengua griega, durante el año 94 y bajo la dominación del emperador romano Domiciano, su libro del *Apocalipsis*, esto es, la “revelación”. Dirigido a siete primitivas comunidades cristianas del Asia Menor (Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia, Esmirna, Éfeso y Laodicea), este libro les transmitió la revelación de Jesucristo, vocero de Dios, sobre aquello que muy pronto habría de suceder en el mundo: el fin de la pecadora nueva Babilonia (el imperio de Roma) y el advenimiento de la Nueva Jerusalén (la ciudad de Dios). Comenzó así su existencia el género literario apocalíptico, caracterizado por una narrativa simple y atractiva: las desgracias de los pueblos oprimidos por un poderoso dominio inmoral están a punto de terminar, cuando los sonidos de las trompetas de siete ángeles exterminadores anuncian la total destrucción del mundo, tras lo cual vendrá un nuevo mundo y una tierra nueva. Vendrá Dios, el Alfa y la Omega (el principio y el fin), a instalar la santa y áurea Jerusalén, en cuyo centro estará el árbol de la vida, iluminada eternamente por la luz divina. La literatura apocalíptica ha servido de consuelo, desde entonces, a quienes sufren en este mundo terrenal; ha dado esperanzas de redención a quienes viven su vida con pesares, presenciando impotentes “las pestilencias de un mal mundo”.

Aunque originalmente este género literario prometía un mundo feliz que advendrá pronto, históricamente emergieron interpretaciones que soslayaron ese final optimista y privilegiaron el acontecimiento de la destrucción del mundo previo, es decir, la idea fatalista del final próximo del mundo realmente existente. El pesimismo, como núcleo de la representación apocalíptica del católico colombiano, resultó así en una ideología de un pueblo que se percibe siempre dominado por los “imperios”, humillado y explotado, saqueado y violentado, como los judíos en los tiempos del Imperio Romano. Esta ideología, en todos sus matices de “izquierda” y “derecha”, sitúa siempre al pueblo colombiano en el “campo del tercer mundo”, en el “mundo subdesarrollado”, en la escena de los perdedores del mundo contemporáneo, entre los “condenados de la tierra”. Su voraz impacto en el sentimiento de autoestima nacional ya ha sido señalado por muchas voces, pero hasta ahora no se han empeñado esfuerzos intelectuales para erradicar la base apocalíptica de la narrativa pesimista del “colombiano subdesarrollado”.

Pero hoy estamos en presencia de unos *nuevos optimistas* que recorren el mundo. Este término, acuñado por Oliver Burkeman en su artículo “¿Es el mundo realmente mejor que nunca?”, publicado originalmente en el periódico británico *The Guardian*, listó a los nuevos pensadores que señalan como francamente “irracionales” a quienes expresan un estado de ánimo desesperado en el mundo actual, pues este sentimiento habla más acerca de “ellos mismos” que del modo “como son realmente las cosas”, lo cual ilustra una cierta tendencia hacia la autoflagelación colectiva y una falta de voluntad para creer en el poder del ingenio humano. Acusó a la prensa de haber causado esta distorsión mental, dado que las buenas noticias son muy difíciles de percibir porque tienden a ocurrir gradualmente en el tiempo, mientras que las noticias sobre el número de personas en pobreza extrema se han dado todos los días en los titulares durante los últimos 25 años.

El nacimiento de esta corriente intelectual del “nuevo optimismo” se hace remontar a la conferencia oficial de la Fundación TED que pronunció Hans Rosling en febrero de 2006, titulada “*Las mejores estadísticas que has visto*”, pues ya superó los 13 millones



de visitantes en Youtube. Esta conferencia resumió los resultados de un estudio ingenioso que había realizado entre estudiantes universitarios suecos, en el cual demostró que se equivocaban en sus respuestas porque suponían, irracionalmente, que los países más cercanos al suyo, tanto geográfica como étnicamente, tenían que estar en mejores condiciones sociales que los lejanos. Es el relato que divide a los países entre “desarrollados” y “en vías de desarrollo”, el que soporta el prejuicio que producía esas equivocaciones. Rosling dejó un libro inédito, escrito conjuntamente con Ola Rosling y Anna Rosling Rönnlund, que fue publicado el año pasado con el título de *Factfulness: “Diez razones por las que estamos equivocados sobre el mundo, y por qué las cosas están mejor de lo que piensas*. De inmediato, Bill Gates lo incluyó en su lista de los mejores “libros favoritos de todos los tiempos”.

La lista de los “nuevos optimistas” no ha parado de aumentar desde entonces. Otro de los favoritos de Bill Gates es Steven Pinker, canadiense autor de *Los ángeles que llevamos dentro: el declive de la violencia y sus implicaciones*, y de *Enlightment Now*. También está Matt Ridley, un doctor de Oxford, autor de *El optimista racional*, quien intentó demostrar que se equivocan quienes piensan que el mundo pasado fue mejor. En realidad, hoy tenemos mayor calidad de vida que nuestros antecesores en todos los aspectos que consideremos: mayor productividad y condiciones laborales, mejores alimentos y posibilidad de adquirirlos en los supermercados, mejores medios de transporte y de comunicaciones, mayor calidad de la información, legislaciones más detalladas, mayor cuidado del medio ambiente, mejores semillas para la productividad alimentaria, mejores medicamentos y técnicas quirúrgicas, mayor conciencia global en todos los escenarios, vidas más prolongadas y sanas.

Recientemente, Johan Norberg, autor de *Progress*, ofreció “10 razones para mirar al futuro con optimismo” en nuestros días. Todos podemos comprobar que estamos mejor que nunca en el mundo, si observamos todos los avances en la disponibilidad y variedad de alimentos, una vida generalmente más saneada, una mayor esperanza de vida, menores índices de pobreza, menores niveles de violencia, un mayor cuidado del medio ambiente, crecientes tasas de alfabetización, mayores libertades individuales y una mayor igualdad de las personas. En síntesis: estamos ahora en los “buenos tiempos”, en los que puede decirse que “la humanidad ha triunfado”. Al final, se pudo comprobar que las tesis de Malthus sobre la insuficiencia de alimentos para una humanidad en expansión resultaron equivocadas. Hemos vivido una explosión en la producción de alimentos, pero el ritmo de crecimiento de la población se ha reducido. Poco a poco, el problema del hambre se ha resuelto, hasta el punto de que en buena parte de los países del mundo hemos llegado al problema opuesto, el de la obesidad de la población.

Los títulos de los libros de los nuevos optimistas hablan por sí mismos de esta nueva corriente intelectual: *Que la buena noticia es la mala es incorrecto*, *Cada vez mejor*, *Los buenos viejos tiempos... ¿fueron terribles?*, *Razones para el optimismo*, *El cada vez mejor estado del mundo*, *La paradoja del progreso*, *Mejorando*, y *El optimista racional*. Solo para dar una muestra de esta corriente, se han seleccionado para los lectores de la *Revista de Santander* dos textos de los principales abanderados del nuevo optimismo: la famosa conferencia TED de Hans Rosling y el capítulo final del libro de Steven Pinker sobre *Los ángeles que llevamos dentro*.